

fruncimiento súbito de cejas, un pliegue de los risueños labios, una contorsión ó un desplante de toda la máquina. Ninguna de esas expresiones anota ideas; todas sugieren imágenes; cada una es término y remate de una acción mímica y completa; ninguna es la expresión y definición de una idea parcial y limitada. Por eso es Shakspeare extraño y poderoso, oscuro y creador sobre todos los poetas de su siglo y de todos los siglos, el más inmoderado entre todos los violadores del lenguaje, el más extraordinario entre todos los forjadores de almas, el más alejado de la lógica regular y de la razón clásica, el más capaz de despertar en nosotros un mundo de formas, y de ponernos delante personajes vivos.

## III

Reconstituamos ese mundo buscando en él la impresión de su creador. Un poeta no copia al acaso las costumbres que le rodean; en ese vasto campo elige, y transporta á la escena involuntariamente, los hábitos de corazón y de conducta que convienen mejor á su talento. Suponedle lógico, moralista, orador, como uno de nuestros grandes trágicos del siglo XVII: no representará más que las costumbres nobles; evitará los personajes bajos; tendrá horror á la gente servil y á la canalla; guardará toda clase de conveniencias en medio del mayor desenfreno de las pasiones; huirá como de un escándalo de toda palabra innoble y de toda cru-

hermana, y el que dirige Polonio á Laertes. El estilo está fuera de la situación, y se ve allí al desnudo el procedimiento natural y obligado de Shakspeare.

deza de expresión; siempre pondrá por delante la razón, la grandeza y el buen gusto; suprimirá la familiaridad, las puerilidades, las ingenuidades, las alegres expansiones de la vida doméstica; borraré los por menores concretos, los rasgos particulares, y transportará la tragedia á una región serena y sublime donde sus personajes abstractos, desprendidos del espacio y del tiempo, después de cruzar elocuentes arengas y hábiles disertaciones, se matarán con todo decoro y como quien da fin á una ceremonia. Shakspeare hace todo lo contrario, porque su genio es todo lo opuesto. Su facultad dominante es la imaginación apasionada, libre de las trabas de la razón y de la moral; á ella se abandona, y no ve en el hombre nada que, en su sentir, deba cercenarse. Acepta la naturaleza, y la reputa bella por entero; la pinta con sus pequeñeces, con sus deformidades, con sus flaquezas, con sus excesos, desenfrenos y furores; presenta al hombre en la mesa, en la cama, en el juego, borracho, enfermo, loco; saca á escena lo que pasa entre bastidores. No piensa en ennoblecer, sino en copiar la vida humana, y no aspira sino á que su copia impresione más enérgicamente que el original.

De ahí las costumbres de ese teatro, y en primer término la falta de dignidad. La dignidad procede del imperio ejercido sobre uno mismo; el hombre elige, entre sus actos y gestos, los más nobles, y no se permite otros. Los personajes de Shakspeare no eligen ninguno, y todos se los permiten. Sus reyes son hombres y padres de familia: el terrible celoso Leontes, que va á ordenar la muerte de su mujer y de su amigo (1), juega como un niño con su hijo, le acaricia, le dice todos

(1) *Winter's Tale*, acto I, escena I.

los piropos que prodigan las madres, no teme ser trivial, parece una nodriza por lo parlanchín y solícito.

«¡Qué! ¿Te has sonado las narices? Dicen que se parecen á las mías. Vamos, capitán, hay que ser limpios, pero muy limpios, mi capitán... Venga acá, señor paje. Míreme con esos ojos azules, bribonzuelo. ¡Monín, prenda mía! Mirando la cara de mi niño, me transporto veinte y tres años atrás, y me veo sin calzones, con mi saquito de terciopelo verde y mi daga embozada, para que no mordiese á su dueño... ¡Cuánto me parecía entonces á esta mala hierba, á este pillete, á este caballero!... Hermano mío, ¿estáis vos tan loco con vuestro príncipe como parecemos estarlo nosotros con el nuestro?

«*Polixeno.*—En casa, señor, es toda mi ocupación, toda mi alegría, todo mi desvelo; tan pronto mi amigo del alma como mi enemigo jurado; mi gorrón, mi soldado, mi hombre de Estado, mi todo; hace que un día de Julio sea tan corto para mí como un día de Diciembre, y con sus mil niñerías me cura de pensamientos que me helarian la sangre.»

Pasajes por este estilo menudean en Shakspeare. Las grandes pasiones, en él, como en la naturaleza, van precedidas ó seguidas de actos frívolos, de conversaciones nimias, de sentimientos vulgares. Las fuertes emociones son accidentes en nuestra vida; beber, comer, hablar de cosas indiferentes, ejecutar como máquinas una tarea habitual, pensar en algún placer trivial ó en alguna pena ordinaria: he ahí el empleo de todas nuestras horas. Shakspeare nos pinta tales y como somos: sus héroes saludan, piden á los demás noticias de su vida, hablan de la lluvia y del buen tiempo, tan á menudo y tan vulgarmente como todos nosotros, en el momento mismo de caer en las

últimas miserias ó de lanzarse á extremas resoluciones. Hamlet quiere saber la hora, nota que el viento es penetrante, habla de los festines y de la música que se oye á lo lejos, y esa conversación tan tranquila, tan poco enlazada con la acción, tan llena de menudencias insignificantes, entablada casualmente, dura hasta el momento en que el espectro de su padre, surgiendo en medio de las tinieblas, le revela el asesinato que debe vengar.

La razón ordena que las costumbres sean medidas: por eso no lo son las que pinta Shakspeare. La pura naturaleza es violenta, arrebatada; no admite las excusas, no entiende de transacciones, no se atempera á las circunstancias, quiere ciegamente, se desata en injurias, tiene la irracionalidad, el ardor y las cóleras de los niños. A los personajes shaksperianos les hierva la sangre y les falta el tiempo para obrar. No saben reprimirse, se abandonan en seguida á su dolor, á su indignación, á su amor, y se lanzan desatinados por la rígida pendiente en que su pasión los precipita. ¿Cuántos de ellos citaré? Timón, Leonato, Cresida, todas las jóvenes, todos los personajes principales de los grandes dramas; Shakspeare pinta á cada paso la impetuosidad irreflexiva del primer movimiento. Capuleto anuncia á su hija Julieta que dentro de tres días se casará con el conde Paris, y la dice que puede estar orgullosa: ella responde que no está orgullosa, pero que, sin embargo, da las gracias al conde por esa prueba de amor. Compárese el furor de Capuleto con la cólera de Orgon, y se medirá la diferencia que existe entre los dos poetas y las dos civilizaciones.

«¡Hola, hola! ¿Retóricas tenemos? ¿Qué es esto? «Orgullosa», y «agradecida», y «no agradecida», y

«no orgullosa». Doña melindres, déjate de gracias y orgullos, y prepara tus delicados piecitos para ir el jueves próximo con Paris á la iglesia de San Pedro, ó te llevaré yo arrastrando en un serón. ¡Fuera de aquí, desollada, maula, monigote de cera!

*Julietta.*—Padre mio, os suplico de rodillas que tengais la paciencia de oír siquiera una palabra.

*Capuleto.*—¡Anda, y que te ahorquen, mala pécora, trasto desobediente! Ya te lo he dicho: ó vas el jueves á la iglesia, ó no vuelvas á mirarme á la cara. No hables, no respondas, no me repliques. Me hormigean las manos.

*Señora de Capuleto.*—Sois demasiado violento...

*Capuleto.*—¡Ira de Dios! Día y noche, mañana y tarde, en casa ó fuera, solo ó acompañado, despierto ó dormido, no he tenido más preocupación que casarla; y ahora que he encontrado un personaje principal, de porte distinguido, joven, de noble educación, hecho á medida del deseo, ver á una muñeca lloricona, á una imbécil que viene á responderme gimiendo, cuando la sonríe la fortuna: «¡No quiero casarme! ¡Yo no podría amar! Soy demasiado joven. ¡Perdonadme!»—¡Ah! pues si no quieres casarte, sí, te perdonaré. Ve á buscártelas adonde te parezca, porque bajo mi techo no has de estar. Miralo bien, piénsalo; que yo no gasto bromas. El jueves está cerca. Si eres mi hija, te daré á mi amigo; si no, anda á que te ahorquen, vete á mendigar, á comerte los codos y á morirte de hambre, por las calles, porque te juro que renegaré para siempre de ti.»

Esta manera de exhortar á su hija al matrimonio es propia de Shakspeare y del siglo XVI. La contradicción es para esos hombres lo que la vista del rojo para los toros: los vuelve locos.

Ya se comprende que en ese tiempo y en el teatro la decencia es cosa desconocida. Estorba, porque es un freno; y se deja á un lado porque estorba. Es un don de la razón y de la moral, como la crudeza es un efecto de la naturaleza y de la pasión. En punto á crudeza, Shakspeare va más allá de lo que puede traducirse. Sus personajes llaman á las cosas por sus nombres más sucios, y arrastran el pensamiento por entre las imágenes vivas del amor físico. Las conversaciones de los caballeros y de las damas están llenas de alusiones escabrosas, y habría que ir á un inmundo tabernucho para oír hoy cosas parecidas (1).

Á una taberna habría también que ir á buscar las bromas y los chistes brutales que constituyen el fondo de esas conversaciones. La cortesía benévola es fruto tardío de una reflexión avanzada; es una especie de humanidad y de bondad aplicada á los hechos y dichos ordinarios; manda al hombre dulcificarse para con los demás y olvidarse de sí por atención á los demás; refrena la naturaleza pura, que es egoísta y grosera. Por lo mismo, falta en las costumbres de este teatro. Veis á los carreteros divertirse dándose de mojicones; tal viene á ser la conversación de los caballeros y de las damas que quieren bromear; por ejemplo: la de Beatriz y Benedicto (2), personas muy bien educadas para el tiempo, que gozan gran reputación de ingenio y cortesía, y cuyas donosas ocurrencias son regocijo de los demás. «Esos tiros de ingenio» consisten en decirse en términos claros: ¡Sois un mandria, un glotón, un imbécil, un pa-

(1) *Enrique VIII*, acto II, esc. III, etc.

(2) *Much ado about nothing* (Mucho ruido para nada). Véase la manera que tiene Enrique V de hacer la corte á Catalina de Francia.

yaso, un libertino, un bruto!—Sois una necia, una lengua de cotorra, una loca, una... (allí está la palabra con todas sus letras).—Júzguese de lo que dirán cuando están irritados. «Un mendigo borracho (dice Emilia en *Otelo*) no lanzaría peores injurias contra su manceba. Esos personajes tienen un vocabulario de palabrotas como el de Rabelais, y le agotan por completo. Cogen el lodo á manos llenas, y se le tiran á su adversario sin creer ensuciarse.

Las acciones corren parejas con las palabras. Llegan sin pudor ni piedad hasta el extremo de su pasión. Asesinan, envenenan, violan, incendian, y la escena es un puro cúmulo de horrores. Shakspeare presenta en su teatro todas las atrocidades de las guerras civiles. Son las costumbres de los lobos y de las hienas. Hay que leer la sedición de Jack Cade (1), para tener una idea de esas locuras y de esos furoros. Cree uno ver animales fuera de sí, la estupidez mortífera de un lobo suelto en un aprisco, la brutalidad de un cerdo que se atraca y se revuelca en la inmundicia y en la sangre. Destruyen, matan, se matan entre sí; enfangados en la carnicería, piden de comer y beber; clavan las cabezas en las picas, hacen que se besen unas á otras y se ríen.

«¡Ea! (dice Jack Cade). Quemad todos los archivos del reino; ahora mi boca será el Parlamento de Inglaterra... El más orgulloso par del reino no llevará la cabeza sobre sus hombros, sino después de haberme pagado tributo. Y no se casará ninguna doncella sin darme antes en pago su virginidad... Ahora se venderán en Inglaterra, por un penique, siete panes de á medio penique. Ya no habrá dinero. Todos beberán y

(1) *Enrique VI*, 2.<sup>a</sup> parte, acto IV, escena III.

comerán á mi costa, y los vestiré á todos con la misma librea... Aquí donde me veis, sentado en la piedra de Londres, ordeno y mando que el conducto de la orina no arroje más que clarete en este primer año de mi reinado, y eso á costa de la ciudad... Y de aquí en adelante todas las cosas se poseerán en común... ¿Qué puedes tú responder á mi majestad por haber entregado la Normandía á M. Basimecu, el delfin de Francia? (*Salen rebeldes con las cabezas de lord Say y de su yerno.*) ¡Magnífico! Que se besen uno á otro, porque se querían mucho en vida.»

No hay que dejar suelto al hombre; no se sabe qué apetitos y qué furoros puede esconder una apariencia sencilla. Jamás la naturaleza ha sido tan fea, y esa fealdad es la verdad.

¿No se encuentran más que en el populacho esas costumbres de canibales? Peor hacen los príncipes. El duque de Cornualles manda atar á una silla al viejo duque de Gloucester, porque gracias á él se ha escapado el rey Lear.

«*Cornualles.*—Sostened la silla. Voy á plantar el pie sobre esos ojos. (*Sujetan á Gloucester mientras Cornualles le arranca un ojo y pone encima el pie.*)

*Gloucester.*—Socórrame el que piense llegar á viejo. ¡Cruel! ¡Oh dioses!

*Regana (hija de Lear).*—El uno se burlaría del otro. El otro también.

*Cornualles (riendo).*—Sí, ahora puedes ver tu venganza...

*Un servidor.*—Detened vuestra mano, señor. Empecé á servirlos cuando era niño aún; pero nunca os habré hecho mayor servicio que ahora al suplicaros que os detengáis.

*Cornualles.*—¡Cómo, miserable perro!

*Servidor.*—Si tuvieseis barbas, os las arrancaría en una pendencia así.

*Cornualles.*—¡Villano! (*Saca la espada y corre hacia él.*)

*Servidor.*—Venid, pues, y sufrid las consecuencias de vuestra cólera. (*Desenvaina la espada. Se baten. Cornualles es herido.*)

*Regana (á otro servidor).*—Dame tu espada. ¡Volverse así un patán contra nosotros! (*Coge una espada, va por detrás, y le atraviesa.*)

*Servidor.*—¡Oh! ¡Soy muerto!... Señor, os queda un ojo para verle herido. ¡Oh! (*Muere.*)

*Cornualles.*—No ha de ver más, yo lo impediré. (*Pone un dedo sobre el ojo de Gloucester.*) ¡Fuera, vil gelatina! ¿Dónde está ahora tu brillo? (*Arranca el otro ojo á Gloucester, y le tira al suelo.*)

*Gloucester.*—Todo tinieblas y desolación. ¿Dónde está mi hijo?

*Regana.*—Andad, sacadle fuera de puertas, y que husmee el camino hasta Douvres.»

Tales son las costumbres de ese teatro. Carecen de freno como las del tiempo y como la imaginación del poeta. Copiar las acciones vulgares de la vida diaria, las puerilidades y los flaquezas en que caen de continuo los más grandes personajes, los arrebatos que los degradan, las palabras crudas, duras ó inmundas y las acciones atroces en que se desencadenan la licencia, la brutalidad, la ferocidad de la naturaleza primitiva: he ahí la obra de la imaginación libre y desnuda. Copiar esas fealdades y esos excesos con una selección de pormenores tan familiares, tan expresivos, tan exactos que hacen ver al través de cada expresión de cada personaje una civilización entera: he ahí la obra de la imaginación concentrada y omnipo-

tente. Esa naturaleza de las costumbres y esa energía de la pintura indican una misma facultad, única y excesiva, ya revelada por el estilo.

## IV

Sobre este fondo común se destaca un pueblo de figuras vivas, iluminadas por una luz intensa, con un relieve sorprendente. Esa potencia creadora es el gran don de Shakspeare, y comunica á las palabras extraordinaria virtud. Cada frase pronunciada por uno de sus personajes nos hace ver, además de la idea que encierra y de la emoción que la dicta, el conjunto de las cualidades y el carácter entero que la producen, el temperamento, la actitud física, el gesto, la mirada de la persona, todo eso en un segundo, con una claridad y una fuerza á que nadie se ha acercado. Las expresiones que llegan á nuestros oídos no son una milésima parte de las que escuchamos interiormente; son como chispas que brotan de trecho en trecho; los ojos ven raras lenguas de llama; sólo la mente vislumbra el vasto incendio de que son indicio y consecuencia. Hay aquí dos dramas en uno solo: el uno raro, cortado, incoherente, visible; el otro, consecuente, inmenso, invisible; éste cubre el otro hasta el extremo de que por lo común no se cree ya leer palabras: se oye el mugido de aquellas voces terribles; se ven facciones contraídas, ojos llameantes, rostros pálidos; se sienten los hervores, las resoluciones furiosas que suben al cerebro con la sangre febril y vuelven á bajar á los nervios tirantes. Esa propiedad, que tiene cada frase, de hacer visible un mundo de